



DIRECTORA

La Serenísimá Sra. D.<sup>a</sup> María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 27

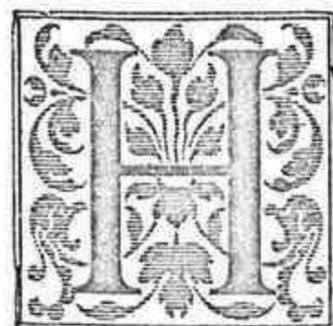
Salamanca 15 de Marzo de 1908

AÑO III

## DE MI VIDA

IMPRESIONES

VI



Este estado muy silenciosa esta temporada, y es que mis impresiones habían sido tan tristes, que no sabía si las debía escribir. Uno tras otro se van muriendo los amigos de mi juventud, los que no olvidaban á mi hermano y me hablaban de él cuando iba á España.

El general Contreras, viejo é inválido, cuya existencia pocos recordaban, era uno de ellos, y al leer en los periódicos el parte de su muerte, sólo tuve el consuelo de ver que su esposa le había precedido unos días. Le había seguido á todos

lados; en la guerra del Norte, en cada alojamiento donde él entraba, cansado de guerrear, le esperaba ya ella, y cuando después de una vida de honradez cerró los ojos ese hombre todo corazón, habrá venido ella á su encuentro como después de las batallas.

Que Juan Contreras y mi hermano fueran amigos era natural. ¡Cuántas veces me contaron su primer encuentro antes de la batalla de Treviño! Los dos se miraban, pensando el uno: "vamos á ver qué tal se porta ese niño,"; y el otro: "¿cómo se portará el hijo del Cantonal?" Y después de aquella famosa carga de "Contreras, con 80 lanceros del Rey," (como dice la canción), se dieron los dos la mano para toda la vida; ya no había rey ni cantonal, eran dos españoles que querían servir á su patria.

Otro, que ya no encontraré cuando vuelva, es Patricio Aguirre, el Conde de Andino, que había derramado, en los años en que el corazón está sediento de poesía, tanta en el corazón de mi hermano. Poesía que desbordó sobre mí. Sus versos se iban adaptando á todas las épocas de mi vida. En los sueños de la juventud sabíamos de memoria la oriental:

«Sultana del blanco velo  
favorita de Mahoma...»

Cuando me rejuvenezco al hablar con mis hijos, les declamo todavía:

«Con su orgullo y su fiereza  
que vengan los castellanos  
cuando voy yo á la cabeza  
de mis cincuenta africanos».

Para las diferentes emociones de mi vida vibró su lira, y todos los años, en los Juegos Florales de Colonia, se aplaudía al poeta español. Su carácter está pintado en la poesía *Ni un paso atrás*.

«Si del peñasco, que á mi espalda ostenta  
su cima desigual,  
me atreviera en sigilo y cautamente  
los picos á escalar,  
tal vez del templo santo ver pudiera  
las cruces de metal,

los techos de las casas y hasta el humo  
 de mi escondido hogar.  
 Mas con mano de hierro la conciencia  
 impídelo tenaz,  
 en mis oídos repitiendo siempre  
 la voz del capitán.  
 ¡Ah! No puedo, al honor de mi bandera  
 mi honor ligado está;  
 deudos, hermanos, padres de mi alma,  
 no doy un paso atrás».

Cuando iba á España, á pesar de que en el poco tiempo que estoy allí se aglomeran las cosas que quiero hacer, siempre encontraba un ratito para llevarlo al hueco de una ventana y pedirle: "Aguirre, dígame versos,".

Esa es la ley del mundo, uno tras otro tenemos que desaparecer.

Estaba en estas reflexiones cuando llegó la espantosa noticia de los asesinatos del Rey de Portugal y de su hijo. Primero dijeron que habían matado á los dos hijos, y mi única exclamación fué: "¡por qué no han matado á la madre también!," Pero luego se supo que vivía uno y para él tiene que vivir ella y lo hará, siempre cumplió con su deber. No le telegrafíe siquiera, no sabía qué decirle. Cuando supe que iba mi hijo á Lisboa, le encargué le dijera cuánto pensaba en ella. Confieso que estaba deseando saber qué había pasado el entierro y que mi hijo estaba de vuelta en Madrid; pero me alegré que fuese: primero, porque me da una satisfacción inmensa ver en todos lados á España representada por él, y además, porque sabía que encontraría el modo de demostrar su simpatía á la Reina; debe de haberlo encontrado, porque la pobre me telegrafió: "Su hijo ha estado muy afectuoso,". ¡Pobrecilla! Cuánto he pensado en ella durante la enfermedad que ha pasado ahora mi Adalberto! No se siente el cansancio y se da todo por bien empleado cuando se les ve volver á la salud.

Han sido unos días tempestuosos; el sarampión á su edad ya no es tan benigno como el de los niños chicos. "No te vayas," me dijo, según costumbre, siempre que se siente mal, y, naturalmente, no me fuí. El médico me dijo que para los microbios debía ponerme una gorrita de enfermera en la cabeza y una blusa larga como en los hospitales. Yo me inclino siem-

pre ante la ciencia, y cogiendo un pañuelo de seda, me lo até en la cabeza como las pasiegas y me puse uno de esos abrigos ligeros quita polvo. El médico se sonrió y dijo: "está bien". Se puede combinar todo con buena voluntad. Las mujeres españolas hacemos á veces, por instinto, lo mismo ó más que las que han pasado exámenes y tienen diplomas de enfermeras.

Pasaron los sustos, ya salimos otra vez juntos á las horas que calienta el sol y yo revivo con él y doy gracias á Dios.

PAZ DE BORBÓN.





## LOS ANGELITOS Y LA MONJITA <sup>(1)</sup>



CUANDO muere un niño y, arrodillada junto á la cuneta, su madre vierte ríos de lágrimas, siempre el labio compasivo de un vecino ó de una amiga cariñosa, suele consolarla con estas palabras: "no llores, cuánto mejor está el niño que nosotros, es un angelito."

Y tienen razón los que así hablan, muchísima razón; no solamente porque recostado entre las flores, sonriente, con corona de azucenas sobre la rizada cabellera, semeja un angelito durmiendo, sino también porque su alma candorosa, blanca como el ampo de la nieve, fué llevada en las manos de los ángeles al paraíso de la gloria, donde la Virgen acarició, y besó sus mejillas, y los ángeles, tomando el oro del sol y la blancura de las nubes, hicieron alas peregrinas que colocaron en su espalda. Ya le véis convertido en angelito, no ciertamente con la hermosura de aquellos espíritus criados por Dios en el principio del mundo, pero siempre hermoso, rozagante, de manera, que le mima la corte celestial, y gana con su dulzura y su belleza todos los corazones. A su inocencia, aunque sea muy extraordinario, se concede cuanto pide, cuanto desea.

---

(1) La insigne escritora que ha sabido inmortalizar en la culta Alemania el pseudónimo de Emma Burg, ha querido honrar de nuevo las páginas de nuestra revista con este primoroso cuento, que fielmente traducido por la Princesita Pilar, ofrecemos á los lectores de LA BASÍLICA TERESIANA.

Rodaban por la pradera inmensa del firmamento, muchas nubecillas, de color rosado algunas, azules otras, grises y blancas la mayor parte, y con ellas juegan á su antojo estas lindísimas criaturas. Tal jugaban una vez, cuando salió de entre los inocentes jugadores un grupito, que vino á sentarse junto á las levantadas palmeras, que allí crecen, sobre la verde hierba, que en su blandura convida natural y cómodo asiento. Sobre la frente, rodeándole la cabeza, llevan guirnaldas muy entrelazaditas, en las que se ven rosas y azucenas, tan combinadas, tan frescas, tan hermosas, que sobrepujan en mucho la lozanía de las naturales.

Uno de estos angelitos decía así: "para mí, nada más bello que las flores. Claro es que también las hay en la tierra, ¡pero se secan tan pronto! Yo, si hubiera vivido en el mundo, hubiera deseado ser jardinero, por amor á las flores."

Ojos azules y dorados cabellos tenía una niña, que habló de esta manera: "á no haberme muerto, yo hubiera sido en la tierra elegante y poderosa reina, pero, según informe de mi ángel de guarda, reina altanera y sin piedad. Dijo más el ángel: que había visto en el libro, donde lleva Dios el nombre de los hombres, una raya negra que cubría el mío, y así como la vió alcanzó del Señor del cielo llevarme en su compañía, antes que el mal prendiese y arraigase en mi alma. Sucedió de esta manera: fueron muchos los niños que enfermaron un invierno, porque según decían, volaban en el aire malignos espíritus, los cuales, como eran malos y eran espíritus, también llegaron, entrando por entre los encajes de las colgaduras de mi habitación, hasta la camita donde yo dormía, y tal hicieron conmigo, que parecía hervir la sangre en el pecho, según el ruido que hacía en la garganta. No hay duda, aumenté el número de los enfermos; vinieron los doctores más célebres, pusieron su ciencia y sus desvelos para curarme de la enfermedad, pero tales eran los espíritus, que consiguieron extinguir la vida, sin que hubiera remedio á la muerte. Lloraba sin consuelo mi madre y las damas que la acompañaban, mientras sonreía mi ángel custodio y me señalaba la gloria sin fin. Mi alma, por último, se desprendió del cuerpo, fué á las manos de los ángeles, y pasando las estrellas, llegamos á un palacio, mucho más elegante y esplendoroso, que el palacio de mi padre."

Habló después uno de cabellera negra y en sus palabras

decía: "¡No sabéis cuánto me alegra vivir aquí, donde me ha traído el ángel bueno, porque hallo que son todos amables, cariñosos! Y más, que habiendo vivido en la tierra, hubiera sido contrahecho y de poco apacible rostro, con lo que sufriría necesariamente las burlas de los hombres, que son de mucha aflicción para todos."

Escuchad, dijo otro de los niños, la narración de mi corta vida: "tenía yo muy pocos años cuando perdí á mi madre; recuerdo que unos hombres, vestidos de negro, la llevaron al cementerio, y allí, en una hoya profunda, la colocaron y la cubrieron con tierra. Yo quedé sin madre, pobre, huérfano, nadie se acordaba de besarme, por más que fueran largos mis llantos en la cunita que dormía. Como mi madre era una santa, fué derechita al cielo, pero sin duda me oyó llorar, y ella, sin dar un paso más, sentóse apenada junto á la dorada y resplandeciente entrada de los cielos, colocó la cabeza entre las manos y fueron los ojos mares de lágrimas. Al punto vinieron los ángeles, los santos, y no explicando en aquel sitio tal amargura, preguntaron qué le sucedía, por qué lloraba. Entonces mi madre díjoles, con el corazón pasado de tristeza, que su hijito, pobre, huérfano, sin caricias, estaba en la tierra, sin que pudiera desechar el amargor que dejaba en el alma el pensamiento y los lloros de su hijo. Compadeciéronse de ella; se lo dijeron á la Virgen, intercedió la Virgen con su Hijo, y aquella misma noche el Ángel de la guarda me decía: ¿Quieres venir con tu madre? Sin reparar en más, alargué los brazos, me cogió en los suyos, y subiendo, subiendo muy alto, muy alto, me dejó en el regazo de mi madre. Yo dejé de llorar, mi madre me apretó contra el pecho, entró en el cielo, se arrodilló ante la Virgen y no sabía cómo darle las gracias."

(Continuará).



Por la traducción,  
PILAR.



## SED INSACIABLE

---

Hijos de fiebre, que la sed engendra,  
nacemos con la sed en las entrañas,  
una sed insaciable  
igual que nuestras almas...  
y pobres caminantes del desierto  
de esta vida arenosa y empolvada,  
arrastramos de oasis en oasis  
la sed que nos abrasa  
esperando encontrar en sus cisternas  
las cristalinas aguas  
que ayer refrigeraron  
á otras caravanas  
que nos han precedido en el viaje  
también con fiebre y sed en las entrañas...

Y llegamos, bebemos y agotamos  
las verdinegras aguas  
del pozo abierto en la candente arena,  
y nuestra sed ardiente no se sacia...  
Y vuelta á caminar por el desierto  
en busca de otro oasis y otras aguas  
con las fauces reseca,  
ardientes las entrañas,  
el corazón hirviendo,  
muerta de sed el alma,  
andando cara al sol, hacia el Oriente,  
imán de nuestras ansias,  
donde la fiebre nos dibuja hermosas  
alegres lontananzas,  
verdes oasis y arroyuelos verdes...  
¡qué verde es el color de la esperanza!  
Y hacia ellas corremos, avivando  
las interiores llamas  
con el fébril deseo



Glorioso Patriarca San José.

de poder apagarlas,  
con la esperanza cierta  
de colmar nuestras ansias  
en las mentidas lejanías verdes  
que nos finge la fiebre en lontananza.  
Y cuanto más corremos  
mayor es la distancia  
que media entre nosotros,  
que de ellas nos separa,  
y al creer con las manos extendidas  
que vamos á alcanzarlas,  
que ya sentimos sus caricias frescas,  
que ya tocamos sus calmantes aguas,  
cual si fuesen dantescas perspectivas  
embriagadas por burlona danza  
parece que se alejan,  
parece que se alargan...  
¡Y vuelta á las fatigas y congojas,  
y vuelta á comenzar la caminata...!

Así corre la vida,  
la pobre vida humana:  
buscando siempre algo que no encuentra,  
en busca de una cosa que no halla,  
con fiebre delirante en el espíritu,  
con sed abrasadora en las entrañas,  
una sed insaciable  
igual que nuestras almas.

Y este penoso caminar sedientos,  
y este vivir entre insaciables ansias,  
y este alentar en avidez continúa,  
y este quemarse en las voraces llamas  
que brotan de la hoguera  
que nuestro pecho abrasa,  
las alegrías del vivir estorban,  
y las dulzuras del vivir amargan.  
Y cansados, en medio del camino,  
elevamos al cielo las miradas  
y acaso, acaso nuestros labios secos  
modulen, no plegarias,  
tal vez imprecaciones doloridas,  
bramidos de impotencia sublevada  
que al escupir al cielo  
la saliva le cae sobre la cara.  
Y suenan nuestras voces á quejidos,  
y son nuestras palabras  
canciones de cansancio pesaroso,  
las canciones que canta  
el tedio que la vida entenebrece  
cuando es desesperada la esperanza

Y comienza la orgía del vencido  
que, buscando el olvido, se emborracha  
ahogando así los gritos de despecho  
que en su interior se alzan...

Así hacemos nosotros  
con la hoguera que bulle en nuestras almas:  
queriendo amortiguarle los ardores,  
para apagar sus llamas  
arrojamos al fuego todo aquello  
que en nuestra vida errática  
encontramos al paso  
con apariencias de frescura grata;  
y allá van ilusiones, alegrías,  
y riquezas, placeres, esperanzas,  
gloria, fama y honor, odios y amores...  
sin pensar que arrojamos á las llamas  
combustible que sirve de alimento  
en vez de apaciguarlas.

Y entonces es cuando pensamos, ¡necios!  
en el delirio de la fiebre insana,  
que nos fuera mejor vivir la muerte,  
que nos fuera mejor no tener alma,  
y no sentir la fiebre delirante  
y no sentir la sed que no se sacia,  
y gozar el sosiego de los muertos,  
y pasar por el mundo como pasan  
esas trombas del polvo del camino  
que en espirales ráudas  
elevan los ciclones hacia el cielo  
para caer después en lluvia mansa  
de polvo sucio que perdió la vida  
cuando el ciclón le retiró las alas.  
Así pensamos los vencidos hombres  
cuando nos hiere la impotencia humana:  
para no tener fiebre, ser cadáveres,  
para no tener sed, no tener alma...!  
Mas yo os digo á vosotros, los vencidos,  
que blasfemáis contra la gloria humana:  
esa sed es la gloria de los hombres,  
porque ella es la medida de las almas.  
Aquellas que con poco se contentan,  
aquellas que se sacian  
con los pequeños sorbos  
de la ruín y vulgar vida prosáica;  
aquellas que no buscan horizontes,  
que no baten las alas  
por regiones de luz inextinguible,  
y duermen encerradas  
en la porción estrecha de sí mismas

repletas, satisfechas, oreadas,  
son almas muy pequeñas,  
¡son unas pobres almas!...

Pero aquellas que sienten la grandeza  
de que están adornadas,  
y luchan con la sed y con la fiebre  
sin poder apagarlas;  
que no son pordioseros vergonzantes,  
que no son pobres canes que se sacian  
con las piltrafas sucias,  
con las pobres migajas  
del festín desabrido de este mundo;  
aquellas que no corren tras las aguas  
envueltas en el limo cenagoso  
de la miseria humana;  
aquellas que en estrechos horizontes  
no gozan ni descansan,  
y levantan el vuelo impetuosas  
en busca de regiones más diáfanas,  
y adoran lo imposible,  
y á las quimeras aman,  
y corren desaladas tras lo absurdo  
y lo ignoto las lleva y las arrastra  
gritando siempre «!más, más todavía  
para esta ardiente sed que no se sacia...!»  
esas son almas grandes,  
¡sólo esas son almas!

.....  
No es la sed un castigo;  
es corcel de batalla,  
donde cabalga el hombre valeroso  
en busca de la fuente de aguas,  
la fuente de aguas vivas,  
las únicas capaces de saciarla.  
¿Y dónde está esa fuente? ¿Quién la encuentra?  
El que tenga valor para buscarla.

G. SANTOS DIEGO.

Salamanca, Marzo 7 de 1908.





## FILOSOFÍA TERESIANA



UANDO contemplo la Europa de los primeros siglos, tal como la dejó pintada la historia en el cuadro gigantesco de los siglos, en el retablo inmenso de las revoluciones, me parece ver el espíritu del genio flotando en los aires, sin atreverse á sentar sus delicadas alas, sobre las naciones de aquellos tiempos.

Y no es que, antes del siglo xvi, no hubiera peregrinos entendimientos, los cuales, en alas del entusiasmo y de la inspiración, del heroísmo y de la virtud, supieran dar á sus ideas la entonación magnífica de lo original y lo sublime; sé bien, que antes de este siglo, hubo inteligencias poderosas, las cuales, rompiendo los círculos de hierro, tendidos por la barbarie á las energías de la humanidad, subieron hasta la cumbre levantada de lo ideal, donde sorprendieron las escondidas maravillas de la verdad y de la grandeza, y las trasladaron en magníficos escritos, y hoy cantan á esos hombres, á esos escritos, las generaciones el himno de la inmortalidad.

Sin reparar en todas las figuras, ni en todos los siglos, porque llevarían demasiado lejos nuestro propósito, miramos las más salientes en los siglos xiii, xiv, xv, y vemos luego la de Santo Tomás, levantando con el poder de la lógica y la firmeza de los principios ingente basílica al entendimiento; junto á él, á fines del siglo xiii, y principios del xiv, el Dante, lanzándose atrevido con el vuelo de la inspiración hasta los desconocidos ideales de la eternidad y de lo infinito, para cantar en rudos y sentenciosos pensamientos las penas terribles de los que gimen sin esperanza.

Deslumbran al primero las refulgencias de la verdad; arre-

batan al segundo las grandezas de la eternidad; el primero busca la inspiración en la más nombrada y universal de las realidades, y se arrodilla á los pies del Crucifijo; el segundo busca la inspiración en lo espantoso é incommovible, y escucha el bramido de los mares y contempla la estabilidad de los montes; Santo Tomás es el genio enamorado de la razón; Dante es el genio enamorado del dolor.

Por eso el ilustre Dominico escribe la suma de todas las verdades; Dante la suma de todos los tormentos; Santo Tomás llamó á sus obras *Suma Teológica*, y el Dante *Paraíso perdido*, y en estas sencillísimas palabras, síntesis de sus pensamientos, está todo el poderío de su genio, toda la gloria de su nombre, todos los triunfos de su fama.

Ni es cosa fuera de razón, que el genio fuera espíritu de persona y no espíritu nacional en aquellos tiempos, en que la guerra y la lucha por la existencia era reina de todas las regiones, ni era fácil señalar límites á los países. La lengua, el gobierno y la religión hacen los Estados, las naciones, y entonces mandaban los más fuertes, los cuales, con la fuerza, imponían las leyes según su política, su lengua y su religión; así lo dice la historia en las invasiones de los Bárbaros, en el establecimiento del Feudalismo y las guerras de las Cruzadas. No había unidad política, ni unidad religiosa, imposible unidad nacional, genio y espíritu nacional.

En el siglo xvi varía extraordinariamente la organización de los Estados, y puede decirse que España en este siglo tiene, con la conquista de Granada por los Reyes Católicos, nacionalidad y fisonomía propias, y entre todas las naciones de Europa la más nacional, la más unida en lengua, religión y política. Los Reyes Católicos, con su política de Cristianismo, llevan á todas partes el mismo gobierno, la misma lengua, la misma religión, y hacen de España en sus dignos sucesores una nación con un cetro y una corona.

Por eso entonces el genio es también nacional, no es patrimonio de este ó de aquel insigne varón, aquí los varones insignes se multiplican, y en todas las manifestaciones del espíritu humano tiene un representante el genio español; allá se ve al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, que hace invencibles los ejércitos españoles, donde pone la espada pone la muerte, y son tantas las coronas ceñidas á sus sienas, como son innumerables las victorias.

Francisco Jiménez Cisneros será alabado siempre de las generaciones, porque á su renombrada prudencia juntó el amor á la sabiduría, levantando la Universidad de Alcalá. En este mismo tiempo es maravillosa la elocuencia de Granada, la política de Felipe II, la novelería de Cervantes, los monumentos de Herrera.

De tal manera se engrandeció el genio español en el siglo XVI, que han convenido todos los hombres, todos los sabios, todas las generaciones, en llamarle siglo de oro; y no podrían decir más todas las alabanzas que juntara en sublime apología la pluma de la más adiestrada inteligencia. *Siglo de oro* significa y representa, en síntesis admirable, el esfuerzo de todos los talentos, para dar nombre digno al siglo de tantos y tan renombrados acontecimientos.

Aquí, si yo diera largas á la imaginación para que hiciera, á la manera de los poetas, brillantes comparaciones, sería difícil que no eligiera los arreboles de la aurora, y la aurora misma blanqueando sobre la cumbre de los montes, para figurar con ella el tipo escogido del siglo XVI sobre la cima de los siglos anteriores.

Sin embargo, á pesar de tantas grandezas, de tantos heroísmos, de tanta sabiduría, no hubiera sido cabal la manifestación del espíritu del siglo, del genio nacional sin los pensamientos y escritos de Santa Teresa de Jesús; ella con su fisonomía particular, con su desusada originalidad, completó el cuadro de los grandes pensadores de su siglo, y por las circunstancias, que concurren en la persona y en los escritos hacen de ella la más significada personalidad de aquellos días, en que eran grandes todos los genios y todos los corazones.

Escribir del alma, como lo hizo Santa Teresa, hasta tocar en la elevación de sus pensamientos en la más alta cumbre de la psicología con sin igual desembarazo, sensibilizando hasta llegar á la evidencia los conceptos oscuros y complejos de la reflexión filosófica, me parece un esfuerzo soberano unido á una intuición de lo suprasensible, que raya en lo maravilloso.

“Su mérito, ante todo, dice un escritor, por el fondo de doctrina que en él se encierra, es inapreciable; y quien no haya leído á Santa Teresa con la pluma en la mano, jamás podrá debidamente admirarla.... Sólo así se convencería de lo difícil que es para la humana inteligencia tocar el terreno

psicológico sin involucrase en un mar de confusiones; y cuando este obstáculo queda superado, lo árduo que es también luchar á brazo partido con la imaginación, para sensibilizar las ideas, con el corazón para sentirlas y con la lengua para expresarlas.

Sólo así se entiende aquel arretrato místico, que centellea en cada una de las páginas; es de tal manera sublime, de tal manera sencilla, de tal manera original, que, según mi juicio, hasta entonces no se habían escrito aquellas sublimidades, ni se había visto aquella sencillez, ni fué nunca originalidad como la suya, y lucharán con el imposible los que, atrevidos, quisieran seguir el vuelo de la que es águila real de la psicología.

Es un corazón gigante el de Teresa de Jesús, tan prendado de la sabiduría, que no para hasta verse frente de la divinidad, para trazar líneas en la tierra, según las cuales se venga á sentir y conocer las más grandes de las maravillas, la unión de la voluntad del hombre con Dios.

Amor fué toda su vida, amor de Dios, amor de sabiduría.

TOMÁS VICENTE DEL ARCO.





## EL SANTO DESIERTO CARMELITA DE SAN JOSÉ DEL MONTE

EN EL VALLE DE LAS BATUECAS

DESCRIPCIÓN, HISTORIA, LEYENDAS Y TRADICIONES

(Continuación)



SOBRE las dos naves laterales de la iglesia, pero aisladas de ésta y con comunicación exterior, se hallan en el lado izquierdo una serie de celdas que llaman interiores, para diferenciarlas de las comunes y usuales y están destinadas para los cenobitas achacosos y la enfermería con su altar para que oigan misa los que estén en cama.

En la de la derecha está la biblioteca ó librería con su estantería del consabido corcho, bastante surtida de obras teológicas, morales y de mística.

En los cuatro ángulos del claustro y adosadas á las esquinas del templo, hay cuatro rústicas y graciosas capillas, llamadas por los solitarios basílicas.

En cualquiera otra parte estas capillas parecerían ridículas, pero donde están tienen algo de sublime. Véase en ellas tan sólo una mezcla de sencillez y religiosidad que, sin querer, nos hace transportar á aquellos tiempos, en que cuando apenas lucían los albores del cristianismo, los primeros solitarios, para celebrar el culto, levantaban un altar ó una capilla en el fondo de los bosques ó en los escondidos valles de las montañas.

Las constituía un arco de pizarra revocado de barro por dentro, de unos pies de espesor, cerrado por detrás con una

pared, enlucida de la misma materia, en cuyo centro hay un nicho y dos más pequeños en el grueso del arco, con toscas imágenes de cerámica, quizás trabajadas por algún pobre anacoreta; la del centro, más grande que las laterales y á sus lados unos azulejos con quintillas alusivas á lo que representan. El estilo de éstas es rápido, conciso y enérgico; y en algunas resalta cierta elevación y grandeza, aunque muchas veces es conceptuosa en otras.

Debajo del arco tienen su mesita de azulejos como el frontal, pero por su pequeñez no solían celebrar en ellas: las cierran por fuera puertas enrejadas de alambre y las tapizan floridas plantas trepadoras.

La de la derecha de la entrada del templo está dedicada al Padre de los Carmelitas, el gran Profeta Elías, al cual representa dormido debajo de un enebro. Á sus lados tiene las dos quintillas siguientes:

Levanta Elías del sueño,  
Mira que el Pan de los fuertes  
Te envía tu amante dueño  
Por un ángel, que risueño  
Te llama porque despiertes.

Del duro suelo hace cama  
Elías, por divertir  
Lazos que Jezabel trama,  
Pues que cobró buena fama,  
Bien puede echarse á dormir.

Á la derecha del arco, en un nicho, está San Eliseo, su discípulo predilecto. El artista le representa adorándole de rodillas los hijos de otros profetas y á sus lados estas quintillas:

Con esa capa Eliseo  
Que os dió Elías, os pinto  
Con el más lucido empleo;  
Pues con tal herencia os veo  
Mejorado en tercio y quinto.

Con atenciones discretas,  
Á vuestras plantas se ofrecen  
Los hijos de los Profetas,  
Por las virtudes secretas  
Que en vuestro palio aparecen.

Á la izquierda del arco se halla Santa Eufrasia, á quien por probar su obediencia la mandó la abadesa estar, durante un mes, trasladando á brazo unas grandes piedras, y así la representa la imagen de sencilla cerámica que ocupaba el nicho de este lado con sus dos quintillas:

Llevando piedras estás,  
Eufrasia, y con mil empleos  
Á la obediencia te das;  
Bien haces, que lo demás  
No es más que andar por rodeos.

Los enemigos te salen  
Á combatir tu paciencia;  
No temas, ten resistencia,  
Que sus astucias no valen  
Contra la santa obediencia.

Al lado izquierdo de la entrada de la iglesia está la dedicada á San Juan Bautista. El modesto y desconocido artista, lo representa en el nicho del fondo con el cordero apoyando sus patas en las piernas desnudas del Santo Precursor, que le halaga con la mano izquierda, mientras con la derecha parece que le señala á un auditorio invisible, como diciendo: *Ecce Agnus Dei*. Las siguientes quintillas las tiene á su lado:

Soy Juan, Precursor á vos,  
Que anuncia el Rey soberano;  
Sóis más que Profeta vos,  
Pues al Cordero de Dios  
Mostráis como por la mano.

El gran Bautista, sin par,  
De todos es aclamado  
Predicador singular,  
Pues por no disimular  
Torpezas, es degollado.

En el nicho de la derecha del arco estaba la imagen de San Franco de Sena en el momento en que, acosado de tentaciones de voluptuosidad, se revuelca en un espino, bajando la Virgen á darle aliento, y le envía por medio de un ángel un hábito de carmelita que debía de vestir, á lo cual hacen alusión las dos quintillas siguientes:

Espinas, Franco abrazastes,  
Contra sensuales espinas;  
¡Oh que cuerdamente obrastes!  
Pues al demonio espinastes  
Cuando á tí mismo te espinas.

Por tu vencimiento honroso,  
Merecistes ¡ay! que María  
Te inspire el ser religioso,  
Y por ángel te envía  
El hábito más glorioso.

En el nicho de la izquierda está Santa Eufrosina, que vivió muchos años entre los monjes de un convento, sin que éstos sospecharan su sexo, ni su padre averiguara su retiro hasta el momento de su muerte, á todo lo cual aluden las quintillas de sus lados:

Hicistes entre monjes vida  
Eufrosina, muchos años  
De hábito ajeno vestida,  
Sin que fueses conocida  
De los tuyos ni de extraños.

Tu padre, ignorante de esto,  
Presente está euando mueres,  
Porque así Dios lo ha dispuesto:  
Dícenle que su hija eres,  
Y expiras. ¡Caso funesto!

En la parte posterior de la iglesia, correspondiente al lado de la epístola interior, está la capilla de San Pablo, fundador de la vida eremítica. En el nicho central está la imagen del Santo arrodillado y ya muerto con los dos leones que le cavaban la sepultura, á lo que hacen alusión las dos quintillas siguientes que tiene á los lados:

Tú, Pablo, el primero fuistes,  
 En habitar el Desierto,  
 Donde tan pobre vivistes  
 Que muriendo, no tuvistes  
 Sobre qué caerte muerto.

Sepultura dos leones  
 Te hacen con rujido fuerte,  
 Haciendo en su modo acciones  
 Y tristes demostraciones,  
 De lamentarse en tu muerte.

En el nicho de la derecha del arco estaba la imagen del célebre anacoreta San Onofre, que siendo hijo de Reyes abrazó tan pobre y austero estado, con tal severidad, que estando solo ni con capa tejida de hierba ú hojas de palma cubría su desnudez, bastándole sólo el propio y largo vello de su cuerpo; y tan parco en la comida, que de ordinario se pasaba sólo con unos cuantos dátiles de una vecina palmera, y en las fiestas extraordinarias nada, bastándole la comunión que le bajaban los ángeles, como lo indican las siguientes quintillas de sus lados:

Servir á Dios es reinar;  
 En cuya confirmación,  
 Se digna el cielo enviar  
 Un ángel, que venga á dar  
 Á Onofre la comunión.

El mayor monarca puede  
 Envidiar con santo celo,  
 Lo que á Onofre se concede,  
 Pues á los Reyes excede  
 En ser rico á lo del cielo.

En la izquierda del arco se halla la Magdalena, regando con sus lágrimas los pies de un crucifijo, y á su lado las siguientes quintillas:

De hacer doloroso llanto  
 Esos tus ojos no cesan,  
 Y de tus culpas me espanto  
 Que con ser de peso tanto  
 Te alivian cuanto te pesan.

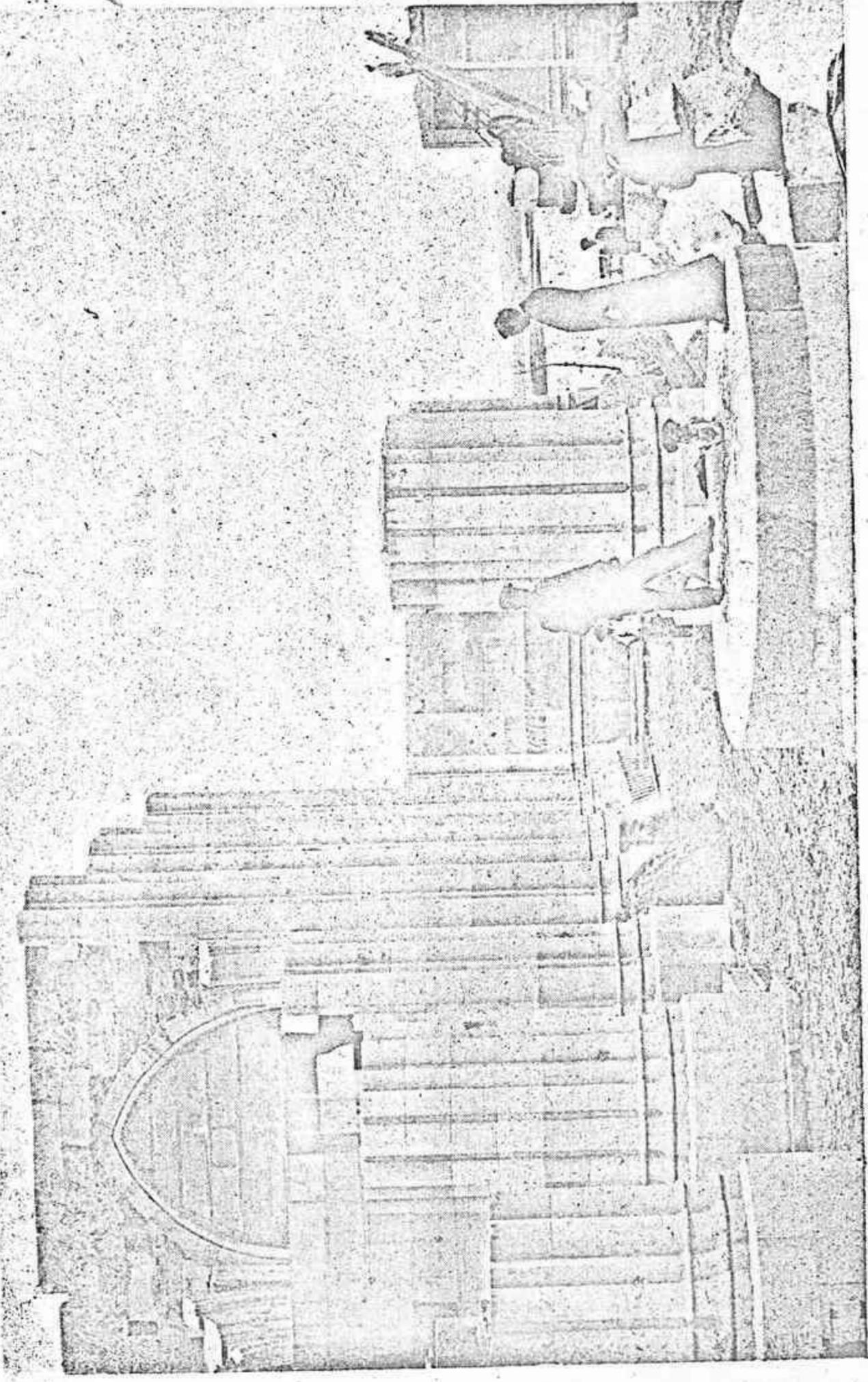
Á los pies del Redentor,  
 Magdalena, te reclinan,  
 Herida ya de su amor,  
 Para contemplar mejor  
 En sus piedades divinas.

J. VAZQUEZ DE PARGA.

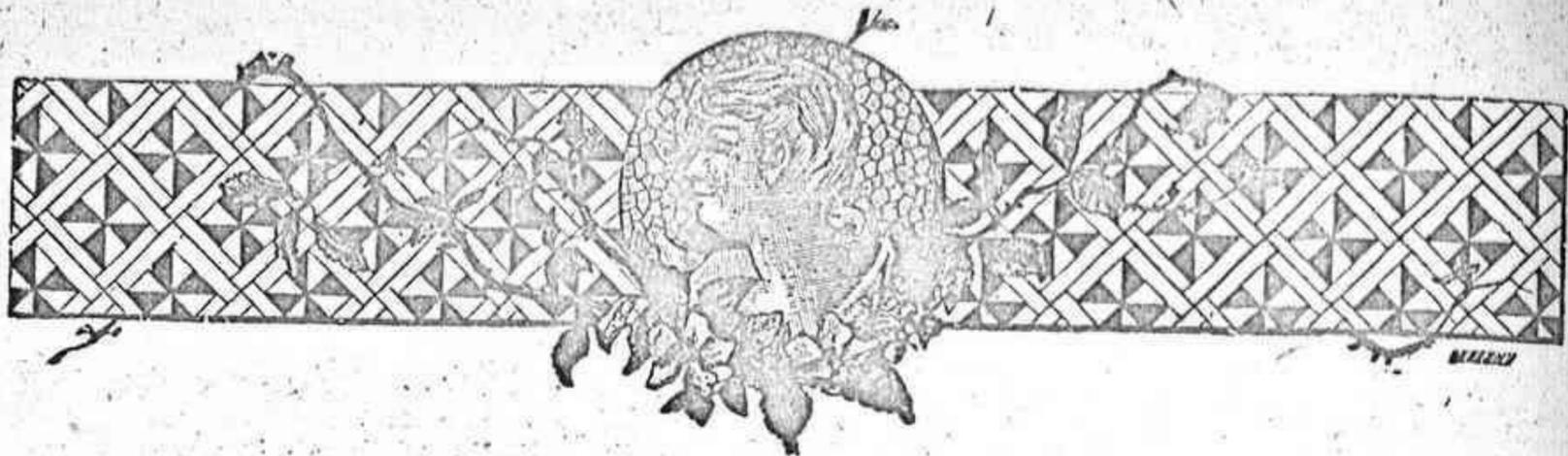
*C. de la R. Academia de San Fernando.*

*(Continuará).*





En las obras de la Basílica.



## IMPRESIONES DE UNAS RUINAS

### I

**S**i estáis en Jerez y queréis visitar su antigua Cartuja, cuyas ruinas conserva á duras penas la Comisión de Monumentos, no os hagáis caso de las gentes del país, para quienes es desatino recorrer á pie los cuatro kilómetros escasos que la separan de la ciudad; porque os aseguro, que el camino es más *cartujo* que el mismo monasterio, y el andarlo despacio os servirá de preparación para penetrar en el espíritu, que las ruinas guardan.

Apenas salís de la ciudad y dáis un vistazo al espléndido paisaje, que, cual promesa engañosa emboca los aridísimos llanos de Caulina, penetráis en un camino profundo, socavado por el tiempo en un terreno sumamente mollar, y coronado en sus dos taludes por enormes higueras chumbas, cuyas hojotas verde-oscuras dan al paisaje un aire tan torvo y sombrío, que aquí, como donde quiera que los veo, me parecen el rastro de una maldición, que ha pasado por el país.

El camino no es enteramente solitario; hasta puede calificarse de pasajero. Pero, encallejonados como váis por aquellas malditas chumberas, no tardáis en humillar la cabeza, bajar la vista y quedaros pensativos. Recordáis tiempos, comparáis épocas, y buscáis en vuestra imaginación el papel social que los monjes cartujos pueden haber desempeñado.

Alguna vez os distrae de vuestra meditación la charla de algún transeunte, que á solas ó en compañía maldice del ca-

mino, por los baches que ha dejado el aguacero del día anterior, ó se queja del polvo, el famoso polvo de las carreteras andaluzas, si hace algunos días que no llueve, echando de paso alguna culpa al Gobierno, para lo cual no falta nunca razón. Entonces os percatáis de que camináis dentro de una sima larga y estrecha, que no os deja ver del cielo más que una hoja y que las chumberas siguen á vuestros lados coronando el camino.

¿Para qué pudieron venir al mundo estos pobres cartujos? Sin duda que ellos, al tomar su dura regla, no pensaron más que en su salvación. Pero habiendo una Providencia que ordena los sucesos de la humanidad, creando organismos, cuando hacen falta y haciéndolos desaparecer, cuando realizaron su misión, por cima de la voluntad de los hombres y á despecho de sus combinaciones, ¿qué pensamiento habrá sido el de esa Providencia en orden á nuestros monjes? La Iglesia ha sido espléndida en sus frutos: todos los tiempos y todas las necesidades encontraron en ella un remedio, y la historia de las órdenes religiosas patentiza esta verdad en mil ocasiones. ¿Que hay que redimir cautivos para evitar su apostasía? Pues al punto aparecen los trinitarios dando por ellos el rescate. ¿Que hay que combatir una herejía? Pues allí están los predicadores ó los jesuítas. ¿Que los obreros se hacen descreídos por el alejamiento de la religión en que vive la industria y las predicaciones impías de sus talleres? Pues ahí están los salesianos para recogerlos en otros talleres y otras escuelas donde aprendan á amar á Dios.

.....  
 Pero los cartujos, ¿á qué vinieron?

Sigue leyendo, caro lector, y lo verás.

El tintineo de cascabeles de algún coche, que suena lejos, es la única respuesta á vuestra pregunta. El tintineo se acerca, pasa luego, se aleja después y el coche, por fin, se pierde de vuestra vista y de vuestro oído, sin que hayáis encontrado la explicación.

Y á todo esto, el camino siempre es el mismo, la misma faja del cielo y las mismas chumberas. Os consoláis asomándoos á los boquetes que por anchas puertas dan paso á las fincas linderas ú os distraéis contemplando los estrechos senderos labrados por las aguas y los intrusos á través de los setos de chumberas para pasar agazapados de uno á otro lado ó las

pocas zarzamoras y algún macilento matorral, que sube por los flancos del camino hasta la base de las chumberas.

Si no conocéis la costumbre del país, os llama la atención el acompasado sonar de un cencerro, que poco á poco se va acercando. Es *el liviano*, que cabestrea una recua de caballerías cargadas de arena ó cantos en dirección á la ciudad; el liviano va delante y uno á uno ó en montón, si el camino lo permite, siguen los demás burros ó mulos, como avalancha de piedra, por lo cual haréis muy bien en ladearos, aunque llevéis el sendero más cómodo y limpio.

De repente, al kilómetro 3, el horizonte se despeja; un magnífico valle se extiende ante vosotros; las dos ringleras de higueras chumbas se abaten al llegar al borde del altozano que lo domina.

Al fin se acabaron las chumberas, ¡alabado sea Dios! pues las pocas que en el fondo del camino se ven ya, quedan como disimuladas en tan bello paisaje.

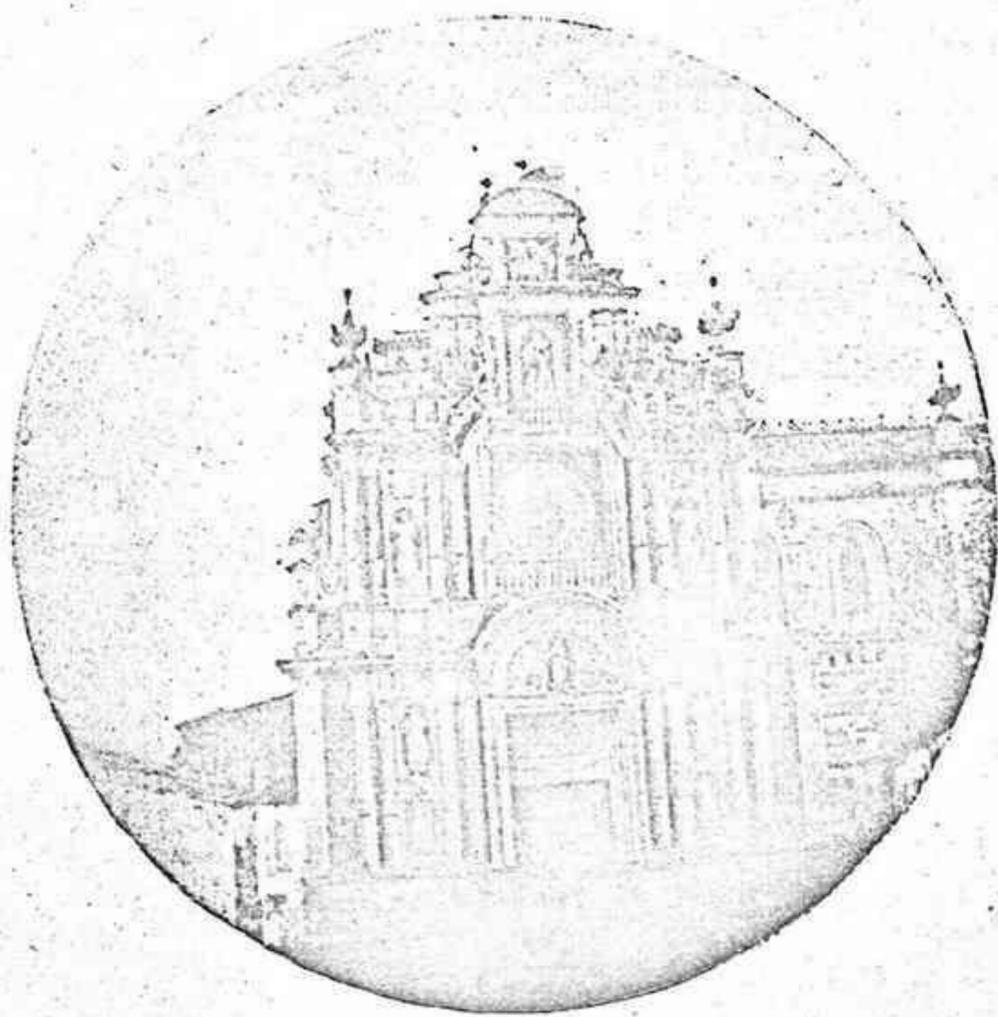
Allá se ve, lo que queda del monasterio, sobre una colina, que avanza hacia el centro del valle como buscándose con el histórico Guadalete, que, *sierpe de plata*, viene hacia él desde el confín lejano, lame un momento los muros de las edificaciones más avanzadas y se aleja enseguida como despedido por la austeridad del lugar. ¿Por dónde saldrá de esta carmela, cuyos montes circundantes no se ven abiertos por ningún lado? Tampoco se distingue la grieta por donde penetra, y allá por cima de los montes fronteros se ve casi como una bruma un picacho de la sierra que lo alimenta; pero ahí está, los ha salvado. Es que hay una mano que enseña á los ríos el camino de su curso á través de los montes y de los llanos, sin que dejen nunca de ganar terreno, á pesar de todos los laberintos hacia las profundidades del mar.

El sucio blanquecino de la piedra, de las tejas y de todos los materiales calizos de que el monasterio está hecho, hacen que se destaque imponente en medio del ameno valle, que rodeado de olivares, atravesado por hiladas de naranjos en forma de paseos, con que alguna finca se adorna, y salpicado de ventas y caseríos cercanos al camino, hace admirar el gusto de los cartujos en elegir su morada.

## II

Suspendéis al cabo vuestra admiración al paisaje, bajáis de vuestra atalaya, os volvéis á meter otro ratito entre chumberas y el frondoso arbolado que precede al edificio, y dejando que el camino siga su destino por Medina Sidonia, os detenéis ante su puerta, cuya ciclópea espadaña mal labrada por el artífice en dórica sencillez, os deja suspensos y sobrecogidos. Parece que en su alto frontón está escrito con enormes caracteres: "aquí se acaba tu mundo, viajero, y empieza el de los penitentes; como tú corrimos tras los placeres mundanos y como tú nos enlodamos en ellos, pero á tiempo nos retiramos á llorar nuestro desvarío; ya que has hecho lo que hicimos, haz también lo que hacemos,,.

Este, este es el papel social de los monjes; son los predica-



La Cartuja de Jerez: Fachada de la iglesia.

dores de la eternidad, no con palabras, sino con obras heroicas, que el paganismo antiguo tuvo y los paganismos de todos los tiempos tienen y tendrán por imposibles. Ellos enseñan al mundo cómo en esta pobre tierra de concupiscencias se puede vivir como ángeles. De ellos sale de vez en cuándo la voz elocuente de los Jerónimos, para avergonzar á los vi-

ciosos de todas las jerarquías y hacerlos volver á la virtud. Todos los que pasan por su puerta tienen que pensar en un más allá misterioso y amenazador.

Llamad á la aldabilla y el guarda de aquellas ruinas dejará al instante el cuidado de sus coles y sus habas y se pondrá á vuestra disposición con las llaves en la mano.

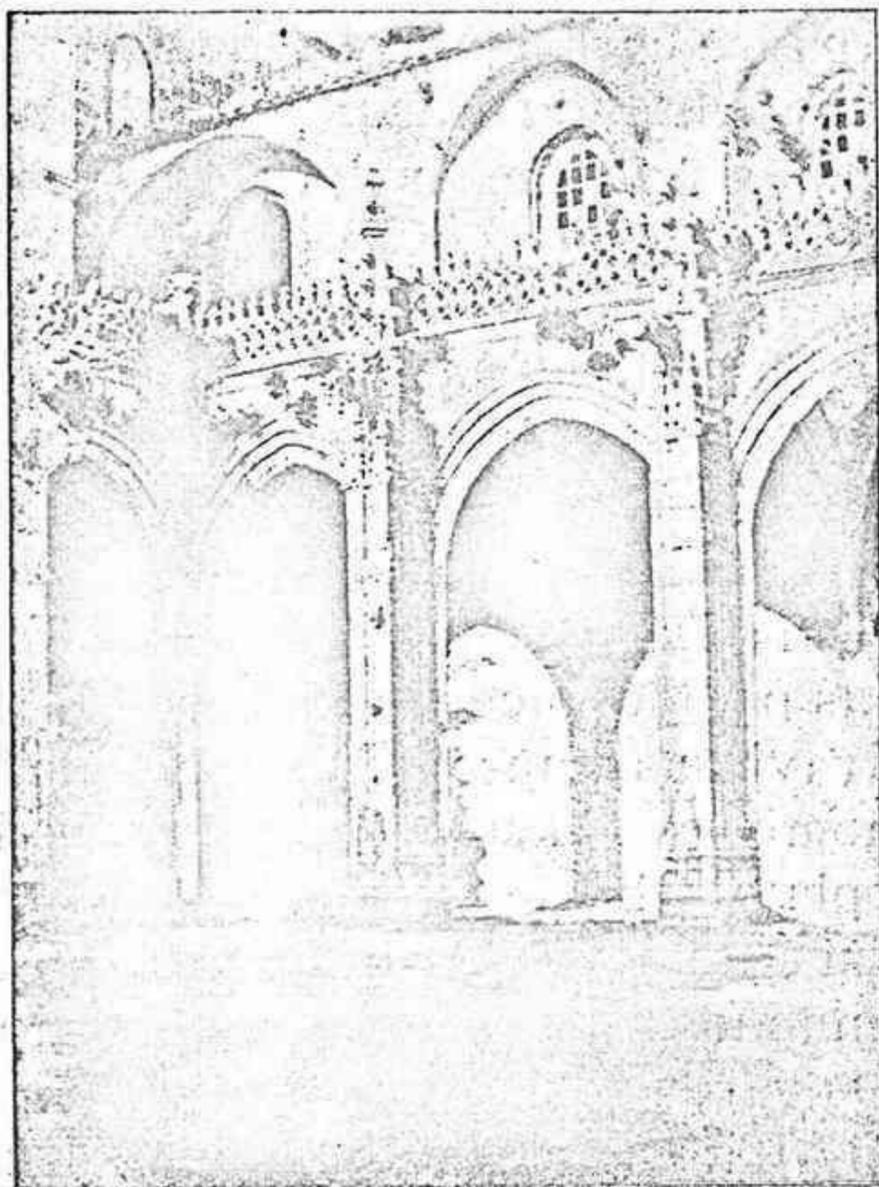
Al franquear la puerta os sorprende la alegría que campea en la corintia fachada que frente por frente se os presenta al extremo del patio enlosado, entre cuyas grietas brota abundante y mala yerba. Vuestro *cicerone*, más inteligente en verdad de lo que su porte y sus atavío os hicieran figurar, querría que os quedáseis embobados ante esta maravilla; pero, si seguís mi consejo, le dejaréis con la palabra en la boca y le indicaréis que os abra la puerta cuanto antes; no es el arte lo que os interesa en aquel lugar, es el espíritu de sus antiguos moradores, el cual sin duda vaga todavía por los claustros enhiestos y entre las ruinas de los derrumbados.

¿Qué importan los detalles del cancel, cuyas abundantes incrustaciones de nácar han desaparecido en su mayoría; ni la berja de 20.000 duros (al decir del *cicerone*) que separa del resto de la iglesia la pequeña parte destinada al público en las grandes y contadísimas festividades, en que al cabo del año se permitía la entrada; ni el coro de los legos, desvencijado y cubierto de escombros y de polvo; ni los lamentos del pobre guarda al hablaros del coro de los padres, trasladado á una iglesia de la ciudad y del torpe revestimiento de yeso, que cubre la fábrica primitiva del templo y que aún se ve en toda su belleza en los puntos, en que la bienhechora mano del tiempo la ha dejado al descubierto derribando la grosera costra?

¿Qué importa el *patio de los azulejos* (otra maravilla) con sus descalabrados retazos de frescos, que si no acreditan de fresco al pintor, que los realizara, es porque lo acreditan de frío; ni el patio de los legos, del cual apenas quedan cuatro bóvedas en pie y esos por milagro, por el mismo milagro que hace durar á veces más de veinticuatro horas los juguetes de los niños?

Las celdas de los legos, que á este patio dan, son algo más interesantes, pero todas se encuentran en ruínas y apenas os podéis dar cuenta de su distribución: un par de cuchitriles,

en uno de los cuales se ve un fogón, constituyen la planta baja, y otro tanto constituirá la alta, de imposible acceso, y del otro lado un jardincito donde el pobre lego, habitante de esta morada, pasaba sus ocios cultivando sus flores ó contemplando el convulsivo aleteo de las mariposas. Ahí está toda la vida del lego: no le faltaría ocasión de meditar sobre



La Cartuja de Jerez: Patio de los Azulejos.

las verdades eternas, si sabía entrar dentro de sí, ni de mirar al cielo en las noches estrelladas; y aunque de él no pudiera ver más que el pequeño espacio que las elevadas paredes circundantes consienten, no dejaría de parecerle suficiente para él, pobre gusano de la tierra.

Un espacioso callejón abovedado os conduce á un patio inmenso, menos pretencioso que el de los azulejos, pero más elegante en su sencillez, en medio del cual se ven numerosos y grandes cipreses apuntando al cielo con sus verdes y puntiagudas copas: fué el cementerio de los monjes y allí yacerán los restos de la mayor parte de ellos con todo desahogo. No quisieron tropezarse en la sepultura, ni exponerse á tener

que sacar de su lecho de muerte á un hermano para colocar en él á otro.

A este cementerio dan las celdas de los padres; todas menos una están arruinadas y cubiertas de los propios escombros; ¡en qué poco tiempo se vienen á tierra las obras de los hombres! El comedor con su ventanuco al patio para recibir la comida, ó lo que tal se llamaba, de manos del lego, el dormitorio y una amplia biblioteca-oratorio, constituían la vivienda de cada padre cartujo, y pegado á ella como á la de los legos un jardincito; todo espacioso y alegre.

Sobre el ancho muro exterior del jardín hay un balconcillo. Subid y veréis uno de los paisajes más hermosos que puede haber. Estáis en medio del valle, que contemplásteis desde el camino, y el humilde Guadalete parece que viene á saludaros; besa ligeramente vuestros pies y se aleja tranquilo y contento. ¿Es éste el fatídico río de la leyenda, emblema de las desgracias de la patria española? ¿Quién dice que en él se ahogaron D. Rodrigo y lo mejor de sus huestes? ¡Pobre Guadalete!, tú no has podido hacer nunca más que fertilizar los terrenos, que atraviesas manso y humilde: jamás salteaste el camino de los hombres, ni acometiste su morada. Al extender tu cinta de plata sobre este vergel, hijo principalmente de tus favores, si evocas recuerdos, es para desmentir con tu placidez los muchos falsos que te se achacan, y llorar en silencio los pocos verdaderos. ¿Quién tiene siquiera noticia positiva de la batalla, en que tan negro papel se te imputa? Seguramente no fuiste tú quien ahogó á los fugitivos del combate; pero si como dicen los cronistas del país significa tu nombre río del olvido, olvida las injurias de la historia, y sigue derramando tu néctar fertilizante sobre este ingrato país.

Sobre ese mismo balcón habrá pasado miles de noches el monje, que la celda habitara. ¡Qué noches! Los moradores de las ciudades, que no ven los campos ni los cielos sino de pasada y entre frívolas conversaciones de paseantes sin sustancia, no pueden figurarse el placer de las espléndidas noches andaluzas gozadas desde observatorio semejante por un alma libre de cuidados y frivolidades, que no tiene más sentimiento en su corazón, que alabar la mano creadora de tanta maravilla.

Aquí debían venir los livianos de todo el mundo, á apren-

der á gozar y amar las obras de Dios; ¡el cartujo seguramente los amaba y los gozaba! ¿Y dónde está el secreto de la vida más que en aprender á gozar los placeres sencillos de la bondadosa naturaleza? ¿De qué sirven al hombre tantas maravillas creadas por Dios si no las sabe gustar? Sí, sin duda que el secreto de la vida está en esa sabiduría. Y el cartujo lo poseía tan en alto grado, que aun renunciando á la inmensa mayoría de los placeres de la naturaleza, le quedaban todavía bastantes para sentir la placidez de la vida y la alegría, que se revelan en las obras de sus manos. Parece, como si no experimentase más dolor que el de renunciar al mundo, y que una vez dado este paso, todo fuese alegría y contento. De ahí la austeridad de la portalada, única cosa triste y sombría que se descubre en este monasterio. Una vez franqueada, todo es luz y armonía.

Lo más probable es, que no os den ganas de buscar un asilo semejante para hacer una semejante vida á la que los moradores de estos lugares llevaron. Pero no dejaréis de mirar con respeto á estos hombres, aunque no conocieran el telégrafo ni los ferrocarriles; seguramente que si los hubieran conocido, hubieran también renunciado á ellos. ¿Qué son las obras de los hombres para el alma amante de Dios?

JULIO MONZÓN.

Jerez de la Frontera, Marzo 1908.





**Aplausos merecidos.** — Copiamos de la prensa alemana: «Diariamente viene tributando la prensa de todos los matices entusiastas y merecidos aplausos á Sus Altezas Reales el Príncipe D. Luis Fernando y su augusta esposa la Infanta D.<sup>a</sup> Paz por su caritativo propósito de fundar una institución benéfica, que perpetúe y conmemore el fausto suceso de la celebración de sus bodas de plata. Es así la Infanta D.<sup>a</sup> Paz; intensamente caritativa, bondadosa, buena; y como ella siente y como ella quiere sembrar alegrías, endulzar lágrimas y remediar miserias, su generoso esposo, el insigne Doctor en Medicina Príncipe Luis Fernando. «Nynphemburg es un paraíso en la tierra; en aquel castillo mora, con todos sus encantos, el hada de la felicidad», cuentan que solía decir siempre que hablaba de sus hijos la Reina Doña Isabel II. Y así es; son felices y quieren hacer felices, en la medida posible, á los que no lo son. Los necesitados, los menesterosos, los pobres, son la pesadilla constante de los augustos moradores del palacio de Nynphemburg.

Pero llegará un día en que el Príncipe no practique más sus famosas operaciones quirúrgicas, en que la Infanta D.<sup>a</sup> Paz deje de penetrar, con su sonrisa de ángel, en los asilos y hospitales para depositar disimuladamente, para que nadie lo vea, ni lo entienda, en la mano del operado, á quien su esposo devolviera la salud, el óbolo de su caridad, y los pobres enfermos no puedan invocar, seguros de ser oídos, el dulce nombre de los augustos consortes.

¿Qué será ese día, se habrán dicho SS. AA., de nuestros pobres enfermos? ¿Quién se prestará á realizar desinteresadamente las operaciones á que por razón de sus padecimientos tengan necesidad de someterse? ¿Quién pagará la medicina y les suministrará el alimento que contrarreste los efectos de las penosas convalecencias?

Los augustos esposos, pensando en esas tristes contingencias del porvenir, han encontrado el medio eficaz de remediarlas. Fundar, con motivo de sus bodas de plata, un sanatorio, en donde encuentren hábiles operadores y medicinas y alimentos los enfermos pobres. Y ya han hecho público su propósito de no admitir regalos en sus bodas de plata, pero sus deudos y amigos, si no con dádivas y presentes personales, podrán testimoniarles su cariño y lealtad, contribuyendo en la forma que cada cual juzgue más adecuada á la fundación del benéfico establecimiento. A este efecto acaba de instalarse una caja de hierro convenientemente resguardada en el Ayuntamiento de Munich y al lado un álbum donde pueden estampar sus firmas los admiradores de los venturosos consortes, y como ellos, amantes de los pobres. Quiera el cielo premiar con mano dadivosa el generoso rasgo de los cristianos Príncipes y sirva su conducta de ejemplo fecundo para bien de la humanidad, que sufre y llora». Así habla la prensa alemana.

LA BASÍLICA TERESIANA se complace en estas manifestaciones de sus colegas ale-

manes, y por su parte pide á los devotos teresianos plegarias y oraciones para que el Todopoderoso, por intercesión de Santa Teresa de Jesús, siga derramando felicidad y venturas sobre los augustos consortes y conserve aún muchos años la preciosa vida de sus amados príncipes.

\* \*

**Nuevas postales.**— Con el objeto de adquirir fondos con destino á las obras de nuestra Basílica, S. A. la Infanta D.<sup>a</sup> Paz ha acordado la publicación de varias series de tarjetas postales, que esperamos han de tener gran aceptación. La primera serie consta de 12 tarjetas con los retratos del Rey y la Reina (grupo), Rey, Reina, Reina madre, Infanta D.<sup>a</sup> María Teresa, Infante D. Fernando, Infante D. Carlos, Princesa Luisa, Infanta Isabel, Infanta Paz, Príncipe Luis Fernando, Infanta Eulalia.

De la ejecución de este proyecto se ha encargado el distinguido fotógrafo de Madrid D. Christian Francen, cuyo nombre, sobradamente conocido en el mundo del arte, es garantía segura de acierto. Muy en breve se pondrá á la venta esta primera serie.

\* \*

**Visita á las obras.**— El arquitecto director de la Basílica Teresiana, D. Enrique María Repullés y Vargas, estuvo visitando las obras en los últimos días del mes de Febrero, habiendo quedado muy complacido del estado de aquéllas. También han estado en Alba con el mismo objeto nuestro Rmo. Prelado y el Sr. Deán de Santander.



# DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES

Pesetas Cént.

|  |        |    |
|--|--------|----|
| De D. <sup>a</sup> María Rosa Aristizábal y D. Salvador Bautista (Madrid)...                             | 48     | »  |
| Enviado por D. Manuel Rivas (Burgos):  |        |    |
| D. José García de los Ríos, de Mave.....   | 5      | »  |
| » Darío García de los Ríos, de id.....   | 5      | »  |
| D. <sup>a</sup> Lucila García de los Ríos, de id.....  | 5      | »  |
| Un Capellán del Real monasterio de las Huelgas, de Burgos.....   | 2      | »  |
| El Párroco de Puentearenas.....  | 2      | »  |
| D. José Merino, Párroco de Las Hormazas.....   | 2      | »  |
| » Martín González, Párroco de Presencio y Arcipreste de Villahoz   | 2      | 50 |
| El Párroco de Arijá.....   | 2      | »  |
| D. Ramón Gómez Salazar y Lucio Villegas, vecino de Arijá.....  | 2      | »  |
| D. <sup>a</sup> Concepción Rodrigo Mato y Yusto, de Burgos.....  | 50     | »  |
| D. Manuel Rivas Mateos, Canónigo de Burgos.....  | 47     | 50 |
| Enviado por D. <sup>a</sup> Enriqueta Mesa (Cartagena):  |        |    |
| Sra. de Ramos Bascuñana.....   | 14     | 95 |
| » » Más.....   | 12     | 70 |
| » » Carlos Roca.....   | 5      | 80 |
| » » Lara.....  | 9      | »  |
| » » Cañete.....  | 5      | »  |
| » » Arancibia.....   | 14     | 25 |
| » » Carrión.....   | 12     | 30 |
| » » Esamez.....  | 19     | 50 |
| Srta. de García de Latorre.....  | 10     | 60 |
| » » Salmerón.....  | 4      | 50 |
| Limosnas extraordinarias.....  | 5      | »  |
| D. <sup>a</sup> Consuelo Salmerón de Escámez, para una piedra, en memoria<br>de sus difuntos padres..... | 25     | »  |
| De las Terciarias de Villoruela.....   | 5      | »  |
| » D. Manuel Somoza (Salamanca).....  | 100    | »  |
| » los testamentarios del Excmo. Sr. D. Adolfo Bayo (Madrid)...   | 10.000 | »  |
| Enviado por D. Manuel de Uribe, Delegado de Madrid:  |        |    |
| De D. <sup>a</sup> Casimira Estivales, Tesorera de las Teresianas de Madrid.                             | 559    | 80 |
| » D. Celestino de Diego, por limosnas de varios devotos.....   | 49     | »  |
| » » Pedro Gaspar, Delegado de Jaén.....  | 20     | »  |
| » » Antonio Martínez, Delegado de Astorga.....   | 20     | »  |

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado